

LAUTARO YANKAS

JOSE CARLOS MARIA TEGUI,  
NOVELISTA

---

Para quienes han captado hace ya tiempo la magnitud continental del autor de "Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana", aún sin haber escarmenado en sus obras preliminares menos divulgadas, entre ellas, "La escena contemporánea" (Lima, 1925) y, más tarde, en superado ángulo de indagación social, política y literaria frente al horizonte de su tiempo, la titulada "El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy", libro aparecido muchos años después de la muerte del escritor (Lima, 1950); y para quienes confrontan la jerarquía humana, siempre ascendente, de su obra máxima con el destino no sólo de un país indoamericano, sino de la americanidad cabal y en proyección de futuro, puede parecer extraño o consecuente, el hecho que a mí, en su ocasión me sorprendió gratamente por cierto, de existir una obra de creación literaria, en este caso una novela breve, escrita por el gran ensayista y sociólogo peruano; una novela definida, con sus dimensiones de espacio y tiempo y su vivencia emocional. Lo curioso es que hasta 1955, fecha de edición de la novela, nadie, salvo contados familiares del pensador peruano y algunos amigos, sabía nada de ello. Poco a poco, a medida que la obra máxima del ensayista crecía como definición de lo indoamericano, las sombras que envolvían su fama de escritor, surgidas quizás de su dramática existencia, pudieron desvanecerse y el hallazgo se ha producido. No cabría intentar, ante tal testimonio, confinado en los desvanes de la existencia de un escritor que pareció siempre soslayar los caminos de la ficción novelesca, un examen comparativo de la obra revelada con lo ya conocido.

Mi reciente visita al Perú me reveló, junto con un excitante rebrote de valores literarios y plásticos de legítima inspiración racial, la

insinuación y reiteración de la obra de los maestros, forjadores del pensamiento, la literatura y la plástica, hoy clásicos. Los nombres de Manuel González Prada, José Carlos Mariátegui, Ricardo Palma, César Vallejo, etc., estaban en los labios de todos y se renovaban en las vitrinas. Junto con las obras de jóvenes escritores, recibí algunas de los que acabo de nombrar. La literatura del país incaico nos ofrece en estos días un panorama merecedor de prolijo estudio en que habrán de confrontarse dos zonas del tiempo americano, condicionadas por un denominador telúrico de extrañas y generosas proyecciones. Las dos obras póstumas de Mariátegui me fueron dedicadas en Lima por Julio Falcón, ensayista y bibliófilo, hermano de César, el autor de la densa y recia novela nativista, "El pueblo sin Dios". Cotejados los "Siete ensayos..." en su médula y corte con los estudios vertidos en "El alma matinal", establecemos su relación de tiempo y conciencia, pues la mayoría de estos últimos corresponden al período comprendido entre los años 1924 y 1928, fecha ésta de la aparición de su obra máxima. "El alma matinal", multiforme, condensa un examen audaz, vívido, múltiple, de la realidad pintoresca y subjetiva de aquel decisivo lapso en la vida del mundo, en el cual nuestra América deja de ser un continente remoto, pues acusa el drama colectivo de naciones y razas con clara y entrañada sensibilidad. Los trastornos sociales y políticos de Europa, desde la revolución bolchevique al fascismo, sus reacciones y secuelas, la confrontación de la realidad peruana y americana con el espíritu latino, el proceso de la gran literatura europea en función de conciencia nacional, de claudicación de la personalidad y como interpretación del espíritu universal tras la primera Guerra Mundial, anticipan las grandes líneas de la obra magna que por esos años fermentaba en la mente de Mariátegui. Para alcanzar su trascendencia, había ejercitado su poder de examen sobre el drama que abrasaba a Europa. De regreso a la patria, alza su conciencia iluminada sobre el suelo peruano, su historia y su raza dormida entre cordilleras y traza su perspectiva desde la tierra al cielo con un celo de forjador de destinos. Sus años de permanencia en Europa le permiten una definición de su pueblo en un punto de equilibrio que hace de los "Siete ensayos..." el más certero enjuiciamiento de lo peruano y lo americano, superando toda posible intención doctrinaria y política, aunque cierta crítica quisiera atribuirle móviles subalternos determinantes. A la luz de nuestro siglo, la definición realista corres-

ponde a la única interpretación posible en un mundo que lucha por establecer el derecho a la vida integral y a tener una conciencia activa en función del destino del hombre común. Cualquier intento de explicación de lo americano no podría prescindir de este capital principio, en que todos los factores de la nacionalidad proyectada sobre lo americano, se conciertan y definen, sin reticencias ni penumbras maliciosas.

De paso, conviene anotar las líneas esenciales de los "Siete ensayos...": Definición del proceso económico, desde la organización incaica a la Conquista y de aquí a la República. Examen del problema del indio y de la tierra. Desarrollo de la educación e influencias foráneas sobre el espíritu nacional, oposiciones y resultados. La gravitación de la fe religiosa; el credo incaico y el rito católico permiten una explicación del alma autóctona. Finalmente, el proceso de la creación literaria, que cierra este severísimo examen de la vida peruana hasta nuestro tiempo, proyecta su paralelo correspondiente a los factores preseñalados: el acendrado colonialismo hace de la literatura un remedo de lo español cortesano y fofo, manido y sonoro. Manuel González Prada y Ricardo Palma provocan la evasión, la libertad del temperamento y la lucha contra el vasallaje intelectual: "Dejemos las andaderas de la infancia y busquemos en otras literaturas nuevos elementos y nuevas impulsiones...", "volvamos los ojos a los autores castellanos, estudiemos sus obras maestras, enriquezcamos su armoniosa lengua; *pero recordemos constantemente que la dependencia intelectual de España significaría para nosotros la definida prolongación de la niñez*"<sup>1</sup>. Ricardo Palma vendimia en sus sabrosísimas "Tradiciones peruanas", el espeso caldo virreinal, infundiéndole el espíritu inconfundible del cholismo festivo e irónico, como un fermento excitante en un clima en que la ñoñez, la voluntad servil y la agudeza mental subalterna hacían el gasto y la caricatura. Por su médula literaria y su agudeza espiritual, las "Tradiciones peruanas" encajan mejor en el período denominado "independiente", aunque los historiadores ultramontanos se enorgullecen al situarlo en el período colonial, junto a los tristes imitadores del verso y el relato cortesanos traídos de la península, hechos a la medida para elogiar la vida virreinal y servir los caprichos pueriles de la aristocracia que había bordado un tibio pa-

<sup>1</sup>Manuel González Prada: "Páginas libres".

raíso en ese rincón de América. El humor a veces corrosivo de Palma es considerado hoy irreverente y extraviado por los herederos de aquella clase retozona e indolente, por sus hierofantes y por la iglesia misma, que no escapó al trazo hilarante de aquella pluma extraordinaria.

Lo anotado indica la magnitud obtenida por José Carlos Mariátegui en su obra capital. Destaca al mismo tiempo las posibilidades de su temperamento altamente intuitivo, analítico y densamente humano. Su percepción agilísima y su facultad de examen le permitieron avanzar con audacia única en este enfoque integral de lo nativo y lo americano, antes no logrado por ningún escritor, ensayista o historiador de nuestro continente.

En muchas páginas de su obra capital y en sus ensayos breves de "El alma matinal", se advierte la línea, la imagen, el bucear ferviente del creador literario y ello presta a los personajes, todos auténticos y decisivos en el tiempo, esa atmósfera incitante, ensoñada a veces, urdiendo ese mundo armónico y robusto, de pulso y aliento americanos, encabritado y piafante a menudo. Los perfiles de José María Eguren y César Vallejo, contenidos en "Siete ensayos..." y las notas sobre Román Rolland, James Joyce y Bernard Shaw, así como las páginas tituladas: "Dos concepciones de la vida", "Divagaciones sobre el tema de la latinidad", recogidos en "El alma matinal", son motivos proyectados por un escritor de enjundia creadora. No pocas de las páginas nombradas podrían entrar en comienzo de capítulo o como cuerpo central en una exhaustiva novela de nuestro tiempo, pues logran la plenitud propia de la ficción literaria y su agilidad psicológica. ¿Qué otra verdad explica mejor la vida de una época o la existencia de un hombre célebre —soldado, sabio, escritor, etc.—, sino una imagen, un paisaje espiritual flotando en el curso del tiempo escurridizo e insensible? Esa rica sensibilidad de percepción desgajada en tanta faena de evocación y examen, acaso esperaba el instante favorable para prender en la trama de una novela. "El profesor Canella", la narración que motiva estas notas, puede ciertamente ilustrar en cuanto a forma y a valoración humana el propósito anunciado por Mariátegui alguna vez a sus amigos, de intentar una novela, pero sí, una novela autóctona. La muerte no le permitió satisfacer ese anhelo. Lo que realizó bajo el título recién enunciado, auguraba, entre otras virtudes, magnitud humana para lo que el destino le impedía realizar.

El argumento de "El profesor Canella" constituye un caso apasionante en sí y en razón de las circunstancias que lo proyectan sobre el mundo contemporáneo. Antes de existir como creación literaria, el "tema" había sido vivido por los mismos protagonistas del relato en una época soberbia de la Italia fascista. Lo curioso es que antes del suceso real, que conmovió al país, se había escrito en Francia una obra de teatro, "Siegfried y le limousin", de Jean Giraudoux, en la que se dilucida, magistralmente, un caso de substitución de la personalidad, causado por un golpe en el cerebro que paralizó la memoria del protagonista. Naturalmente, el suceso registrado en Italia se presentó ante la desvelada pupila de José Carlos Mariátegui con perfiles tan vibrantes que éste no tuvo necesidad de utilizar muchos resortes técnicos para reactivar el drama. Por lo demás, la experiencia del escritor peruano, superada en la crónica ágil y el ensayo penetrante, le dio sin demora la perspectiva emocional y su dimensión subjetiva inédita.

El profesor Canella, catedrático en un liceo de Verona, combatía con su regimiento en el norte de Italia, cuando una granada lo hiere gravemente junto con la mayoría de sus compañeros. En el batallón había un soldado físicamente igual a Canella: el tipógrafo Mario Bruneri, de Milán. El efecto de la explosión había descartado toda posibilidad de identificar a los muertos y a muchos heridos. El profesor Canella fue dado por muerto y el "socia" sobreviviente, dado de alta al cabo de varias semanas, volvió a la vida diaria como Mario Bruneri. A poco de ser reclamado por su esposa legítima, el mundo de la subconciencia empieza a removerse en el cerebro del supuesto Bruneri. El aspecto de Milán, sus rincones donde el espíritu bebe sin medida y echa raíces, sus monumentos, tranquilizando al amnésico en los primeros meses, empezaron a alejarlo poco a poco de sí mismo, como si aquella realidad rodara en una fuga de nubes ligeras bajo un cielo primaveral. Por su parte, la esposa no reconocía exactamente el abrazo de Bruneri, aunque su sentido práctico lo explicaba con la alteración debida al choque mental y a las agotadoras heridas. El tipógrafo Bruneri no satisfacía como antes a sus jefes. Un día se cruza en su camino una mujer hermosa y tentadora, que lo arrastra al olvido de sus deberes en la imprenta y al abandono de su esposa. Huye de la ciudad, obediente a cierto secreto resorte que lo aleja de aquel mundo sin asidero para su alma. La fuerza liberadora sigue actuando y un día al pasar por un puente arroja al agua los papeles que lo

identifican. ¿Podía ser consecuente con la personalidad de Mario Bruneri aquella actitud, en circunstancias que era mimado por su mujer y halagado por sus antiguos compañeros? Aquel mismo día fue encontrado en un camino, medio muerto. Curado de sus heridas, y comprobada su carencia de memoria, fue internado en un manicomio. Después de algún tiempo, y antes de darlo de alta, el director del establecimiento envió a los diarios la fotografía del sujeto, pues no existían papeles que pudieran identificarlo. La "viuda" del profesor Canella fue la primera en ver aquella fotografía y acudió al manicomio. El director no tuvo inconvenientes para entregar el recluido a su esposa. Ya en la casa de Verona, el amnésico encuentra desde el primer momento, imágenes, ternuras, efluvios íntimos que lo acercan a un pasado indudable. La conciencia, bajo el secreto calor afectivo se reintegra y la apacible vida del profesor Canella recobra su curso desbordando la terrible cisura producida.

Sin embargo, la investigación judicial se alza contra este camino incorruptible y secreto, contra este reencuentro legítimo consumado en los abismos del ser. Afirma, una vez más, que el soldado sobreviviente es Mario Bruneri y, por lo tanto, su esposa no es la que ahora lo alienta e ilumina con su ternura.

Para enfocar la realidad literaria de "El profesor Canella", fruto de una sensibilidad canalizada en el hombre y su drama íntimo, tal vez deberíamos señalar cierta coexistencia de factores irresistibles en mayor o menor grado, en torno a la conciencia de José Carlos Mariátegui, solicitada en todo momento por los problemas del hombre y de su época: primeramente, la degradante trayectoria de la Segunda Guerra Mundial, con su refinada voluntad de exterminio y envilecimiento de la conciencia y del espíritu; luego, el pavoroso trance acontecido en Italia, de un hombre, que arrancado a la muerte, pierde la memoria y con ella el camino, ya conquistado en la tierra, de su mundo mental y afectivo; vale decir, el drama de la personalidad, que en los fondos aparentemente desintegrados del cerebro, empieza a percibir señales que lo guían hacia la verdad afectiva, hacia el goce añorado. Si agregamos a ello la conmoción difundida en aquel tiempo por las revelaciones de Freud sobre el subconsciente, y luego la asombrosa incursión literaria lograda hacia el hasta entonces "continente perdido" del yo subyacente por Pirandello, en su alucinadora novela "El difunto Matías Pascal", tendremos los elementos conducentes a la obra de entre-

ñado fragor humano y de noble clima estético realizada por la pluma de J. C. Mariátegui.

Si alguien afirma por ahí que la naturaleza y el hecho humano superan a menudo en esencia y presencia a la obra de arte, y no falta quien cambie el orden de privilegio, en lo que toca a la novela de José Carlos Mariátegui, se puede subrayar la virtud de su ágil y flexible equilibrio entre el hecho real, que sirvió al escritor para su estructura literaria y la ficción apuntada sobre el subconsciente. El mérito cabal del autor está en haber iluminado aquellas zonas del drama, donde la fatalidad parecía haberse ensañado. La sensibilidad del escritor aparece allí desvelada y acechante para ir dejando asomar los inciertos y angustiados temblores del instinto, vagas imágenes arrancadas a la tiniebla conmovida.

El estilo es brioso y el relato sostiene un ritmo ajustado al caudal interior. El despliegue de tipos y escenas acusa un vigor y firmeza de pintor inspirado. "Turín recibió sin emoción visible a este turinés desconocido. Le reservaba, sin embargo, el abrazo de una esposa tierna: la señora de Bruneri. Canella se abandonó a este abrazo con la sana confianza con que se había abandonado siempre a los brazos algo más nerviosos y prensiles de su verdadera consorte. El pequeño departamento del tipógrafo de Turín, no tenía el confort sencillo y provincial de la villa Canella en Verona. Pero su esposa tenía, aproximadamente, las mismas dimensiones. Poseía, además, una coquetería turinesa que podía parecer a los sentidos aturdidos de un amnésico, la temperatura pasional, mitad veronesa, mitad brasileña, de la señora Julia Canella. El naufrago no elige la playa a la que arriba después de haber luchado toda una noche con las olas."

"El profesor Canella", versión literaria de un suceso real, apasionante, muestra a José Carlos Mariátegui en una faceta ignorada y ya generosa, de su personalidad.